REGISTROS
revista cultural

© Carlos Maiques

Relatos

Registros núm. 5

«Justicia»: Jesús Pérez Caballero
«India Púshkar»: Xavier Corrales
«La soledad del germitaño» Carmen Borja
«Dos cuentos»: Oscar Peyrou
«¡Cuánto te quiero, percha mía!»: Fernando Bergón
«EPI-SO-DIOS CON DIOS. DIOS +/- DIOS= PATADIÓS»: Hilario Traver

Registros núm. 4

«Putos escritores»: Rafa Camarasa
«Paleta de colores»: Inés Matute
«Método»: Pablo Miravet Bergón
«Defensa»: Fernando Costa
«Seis cuentos»: Oscar Peyrou

Registros núm. 3

«El camino de las piedras escritas (parte IV)»: Julio Soler
«El preludio de *Las sílfides*»: Ana Añón
«Onetti en la Costa Azul»: Pablo Silva Olazábal
«Diez cuentos»: Oscar Peyrou
«Realidades y ficciones»: Susana Gisbert Grifo

Registros núm. 2

«Tribu de incendiadas pupilas»: José Vidal Valicourt
«Relámpago»: Jose Saz
«El artista de la valla»: Lucía Pons Verduch
«Diez cuentos»: Oscar Peyrou
«Los dedos de la pianista»: Wenceslao Ventura

Registros núm. 1

«Aproximaciones al mundo de Genji»:
Rodolfo Rabanal
«Sus fracasos… (Cierta-ficción por entregas)»:
Miguel Blasco Marqués
«Ocho cuentos»: Oscar Peyrou
«Redoble»: Javier R. Swift
«Amistad sin palabras»: Michel Marx

Justicia

Jesús Pérez Caballero

Queridos huéspedes, la historia comienza con un entierro. Escuchen con paciencia, ya que les hablo, ocultamente,

no solo de la muerte, sino de nuestra gran y maltratada patria continental, de su justicia y de lo que es imposible medir en términos de justicia o injusticia.

Evoquen el cementerio. Imaginen a la madre, al padre, al hermano de la muerta. Sus primos, niños contentos por haber perdido un día de clase. Sus abuelos, para quienes su nieta era prenda injusta dejada en tierra. La despedían, también, sus amigos. Del dolor, Guada, su mejor amiga, con su mismo nombre –por eso se hicieron tan, tan cercanas–, repetía mentalmente, hasta agujerearlo, el punto donde se conocieron.

El novio de la fallecida, Agus, fue el último que la vio viva, y los familiares, con la soberbia del cazador frente a los animales disecados que adornan su la casa, concluían que él les debía algo. Eran injustos, pero nada les aplacaría más que intercambiar a Agus por la muerta.

Sin embargo, la educación de los familiares y la tristeza del momento vedaban los reproches. Ustedes, huéspedes, saben que una muerte es un amortiguador, una muralla que detiene los pensamientos más descabellados vinculados al fallecido. La muerte los detiene, pero no los disipa. En ocasiones, los pensamientos pueden regresar deformes, con la saña que los nómadas tendrían hacia la quietud de este salón donde escuchan esta historia, saña hacia nuestra mesa puesta, con la acritud de quienes odian cualesquiera cuatro paredes.

La fallecida era católica, por lo que el cura importaba. Cuando Dios pervive de refutaciones, una muerta creyente es un *déjà vu*. Símbolo de lo que pudo ser y no fue en una hija de Dios, es parte de la corriente, interrumpida, sí, pero encauzada al futuro feliz. Terminar bajo tierra es –*emic*– tanto urna que conserva como acelerador de resurrecciones. Baste añadir que en nada de esto creía ninguno de quienes despedían a la muerta.

El hermano agarró una pala, el padre otra, y arrojaron terrones al ataúd. Agus había amagado con tomar una, pero nadie lo miraba a los ojos y entendió que no tenía permiso. Pensó en esas historias rocambolescas de ataúdes arañados por dentro. También en que, si la muerta resucitase –o mejor, si fuera un error y nunca hubiera muerto–, lo primero que tendrían que anunciar era su matrimonio, pues se habían comprometido horas antes del accidente. Se retrajo bajo el árbol, con los niños.

El cura terminó de rezar. La tierra cubría la tumba. Ni siquiera la madre entendía ya si su hija muerta era algo distinto a los objetos que de ella pervivieron (su último vestido, la cama de chiquita), y hacia esos objetos iba la imagen de la muerta, en una traslación parecida a la extinción de varios fuegos a la vez y que no tiene nada que ver ni con el olvido ni con la metempsicosis. Los vivos comenzaban a normalizar esa muerte. Situaciones así tienen un final previsible: la costumbre del ritual espacia las reacciones emocionales hasta una petrificación que sí es olvido. Los asistentes, en fin, deseaban volver a sus hogares.

Sin embargo, cuando la madre dejó de llorar, queridos huéspedes, algo extraordinario sucedió: el suelo se agitó. El cura, por ser el único que estaba acostumbrado a pedir explicaciones a un ente superior, racionalizó mejor los temblores. Observó a los asistentes con una mirada serena que devino frenesí cuando los temblores fueron tan violentos que derribaron a muchos. El miedo de los asistentes, queridos huéspedes, se agravó y se anegaron de sí mismos hasta que cada uno pensaba exclusivamente en cómo escapar, aun a costa de abandonar al otro. Pero permanecían quietos.

Su parálisis contrastaba con el suelo, que continuaba moviéndose. No era un terremoto, ya que salían volando trozos de tierra y los cortes en esta eran rápidos, amplios y profundísimos. Era, más bien, como si una gran bestia, subterránea y necrófaga, hubiera logrado acumular las fuerzas necesarias para levantarse. El cura iba a ordenar algo cuando la madre gritó y todos se giraron hacia el ataúd, al que vieron alejarse atraído hacia el fondo de la tierra. A su vez, el ataúd era como fuego entre papel, pues a medida que caía destruía su derredor.

Pero no era solo eso, sino también que, a medida que cesaban los temblores, el centenar de metros a la redonda que rodeaban el ataúd habían estado elevándose y desgajándose de la tierra. En el centro del trozo de tierra, quedaba un hueco por el que algunos vieron que el ataúd, diez metros más abajo, al caer y chocar contra el suelo, se había abierto y así los despedía la muerta.

Aunque seguía ascendiendo, el trozo de tierra ya no temblaba y el hermano de la muerta corrió hacia uno de los bordes y vio, no tan lejos aún, el cementerio. ¿No sería posible que fuera el resto del mundo el que se hundía? Escuchó un grito: un amigo de la muerta se había arrojado al vacío, arriesgándose a las consecuencias de una caída de treinta metros. Era curioso de ver cómo la mayoría de amigos, animándose entre ellos, lo siguieron y también se lanzaron. Al chocar contra el suelo, pocos se movían y los que lo hacían se revolvían entre contorsiones de dolor. Solamente uno, por caer sobre hojarasca y rodar luego por un terraplén, se levantó aparentemente intacto. Era un puntito que corría hacia quién sabe dónde y movía las manos hacia arriba, apuntando al trozo volante de tierra.

El hermano de la muerta le urgía a su novia. Debían apresurarse a saltar. Intentaba convencerla, pero ella se negaba y buscaba con la mirada la ayuda de los demás. Alegaba que no sobreviviría a la caída y que prefería estar con sus amigos. Además, abajo, en grutas recién formadas, había visto moverse cosas raras. Se insultaron y él la empujó al vacío. Al verla caer, la seguía insultando y se burlaba, y a ella la falda le cubría el rostro, pero el relieve de la cara se notaba iracundo, como si, primero, buscara dar dentelladas a su asesino, al que maldecía mientras se perdía en el vacío, y después mordiera lo poquísimo que le quedaba de vida.

El asesino retrocedió. No se atrevió a lanzarse; verdaderamente, eran ya más de doscientos metros de altura y se sorprendió al constatar que, de hecho, nunca había tenido la intención de saltar. El cura había acercado a él. Buscando la comprensión sobre pensamientos tan mezquinos, el asesino confesó al cura su maldad y su cobardía. Ambos se alejaron del borde y el cura, temblando, para hacer como que le comprendía y disimular cuánto lo estaba odiando, le reconvino: «No debes pensar en el suicidio». Guada había llegado y lloraba frente al el asesino, que le espetó que en momentos de tensión pasaban accidentes y que, de todas formas, solo quedaba ya morir. «Pero si yo te perdonase no quedaría nada de ella», lloraba Guada.

La mayoría rodeaba a los abuelos. Los viejitos, agarrados a una lápida aún en pie (el zarandeo había tumbado la mayoría de ellas, pero algunas decenas todavía parecían firmes), decían que no había que preocuparse. De hecho, la anciana no estaba preocupada en lo más mínimo. Ya fuera por la felicidad hindú de pensar que todos morirían juntos –la señora rondaba los cien años–, ya por un deseo autodestructivo de novedades que compensara su jubilación tan reglada, se sentía hasta contenta, como si lo que estuviera pasando fuera un último regalo,

capcioso, de su nieta. El viejito estaba en la misma onda, y cuchicheaba a su esposa que debía encontrar cómo anotar tantos testamentos y que él iba a organizarlo todo.

Las hipótesis sobre lo que estaba pasando eran extravagantes. Para el cura, por ejemplo, estaba claro que Dios los elevaba, ¿quién si no? Un niño pensaba –pero bien que se lo callaba– que la ascensión era el castigo por un robo que, recientemente, le reconcomía antes de dormir. La idea de castigo, sin embargo, no era muy popular entre un grupo que, sobre todo, pensaba la ascensión como una putada. Se reconocía a esa pavorosa putada rasgos emblemáticos («¿qué representamos nosotros en esta nueva arca de Noé?») o pseudocientíficos («¿no habremos enterrado a la muerta sobre un OVNI?»), pero sus reflexiones se detenían ahí.

El abuelo de la muerta preguntó si se sentían mal, pero nadie, salvo por la ansiedad, notaba un malestar especial. «¿A qué se refiere?», preguntó un tío, el más rico de la familia. «A si pueden respirar bien», contestó el abuelo. Agus añadió que ese sería el principal problema: la falta de oxígeno. «No sé cuándo llegaremos, pero seguro que en el espacio exterior no podremos sobrevivir», puntualizó. «Los celulares no funcionan y tampoco Internet», agregó, como para replantear el acertijo.

De momento, no había miedo. De la misma manera que fue absurda la manera de desprenderse del cementerio y elevarse, el grupo confiaba en una reversión de naturaleza similar que devolviera el trozo de tierra a su sitio. Aun así, Agus se percató de que, por primera vez, en esa situación, el hecho de no ser de la familia jugaba en su contra. Queridos huéspedes, ya saben que cuando un grupo está en un peligro prolongado, se busca un chivo expiatorio. La idea de sacrificar a cambio de aplacar es una de las más poderosas –y ya lo escribió, ahí sí, bien, De Maistre– que sobrevive latente o explícitamente en las sociedades, aunque se desconozca el sujeto que se beneficiará del sacrificio.

El cura dijo que él tenía fe y que con eso era suficiente, aunque nadie más creyese. Usó la expresión, jugetona pero desangelada, de «milagros factibles» y citó la Ciudad de Dios de San Agustín como un chiste ya para sí mismo. Nadie le hacía caso («felpudo de Dios, que ocultas el pecado del mundo», le increpaba mentalmente Agus). De hecho, parte del grupo temía lo que, para ellos, eran «las incoherencias del cura viejón», como si querer borrar cualquier añadido de irrealidad fuera un primer paso para entorpecer la extraña ascensión.

Pero ese escepticismo no era generalizado; de hecho, en los niños sucedía lo contrario. Los chamacos comenzaron a buscar explicaciones, precisamente, ampliando las incoherencias hasta descoyuntarlas: contaban que seres con rostros numulares, escondidos entre las lápidas, les hacían burlas, y que otros los llamaban por huecos que asomaban por el que la tumba dejó. Los niños se subían al árbol y, desde allí, jaleaban tonterías siniestras, como si estuvieran idos («odra, odra, odra / peor que la camorra / dek, dek, dek / te veo del revés / aquellos Caramoneda / que vienen de chaqué / se comen afanosos / las manos del que ve»), y conspiraban para salvar a los pájaros –el único alimento, junto a los insectos, de los supervivientes–, puesto que uno de los Caramoneda les había dicho que las aves los guiaban al reino al que se encaminaban. Algunas de esas chorradas calaban en los adultos más temerosos que, esperanzados y delirantes, les pedían más explicaciones. Con ello aburrían a los niños, incitándolos a continuar el juego de extremar, todavía más, la imaginación.

Durante la ascensión, el grupo lloraba de cuando en cuando. Como animados por descargas eléctricas, cada uno

se apoyaba en el lloro del otro, y los gemidos, como si sacrificaran a mil cuervos a la vez, alcanzaban cotas de malestar insoportables. Esa insoportabilidad era el punto de inflexión, y el sonido amainaba para acabar en lamentos avergonzados, suspiros dispersos y algún sollozo, como si todos marchasen tropezando hacia el nuevo y precario silencio.

Tras varias horas, la tierra dejó de ascender. Se miraron entre sí y Agus verbalizó lo que todos habían notado. Con ese liderazgo, televisivo en su redundancia, no pretendía integrarse en la familia, de la que se sabía ajeno, sino aparentar normalidad. Casi todos habían caminado por los bordes y desde allí miraban hacia el vacío. Uno de los niños se acercó a Agus y le dijo que, a lo mejor, pasaba un avión o un cohete y los rescataban. De la mano, fueron hacia el hueco que, en el centro del terreno, había dejado la tumba. El agujero era de un par de metros de ancho. «Como el de una dona», se sorprendió el niño. Guada se les unió y miró también abajo. Comentó que parecía más fácil saltar desde allí que por uno de los bordes. Agus se giró para buscar con la mirada al asesino, y dijo en voz muy alta que a él sí deberían arrojarlo al agujero. El asesino lo saludó desvaídamente. Agus imaginaba, kilómetros allá abajo, el nuevo nido de una bestia invisible y justa, con una boca que empezaba en ese agujero y con un cuerpo que, para crecer, hubiera desplazado al resto del planeta. Lejos, oyeron decir al abuelo que la pausa de la tierra era una buena señal, y al tío rico afirmar que todo iba a volver a la normalidad, que había que empezar a recuperarse del susto y –echando miradas de reojo al testamento que el abuelo, efectivamente, había comenzado a escribir con el lápiz de ojos de su esposa¬¬–, que mañana sería otro día, un mejor día. El optimismo, como una helada molesta, ponía una mueca de sonrisa a quienes no querían.

Al anochecer, Agus soñó con el descenso. Se imaginó, queridos huéspedes, que todos los trozos desgajados de tierra (¿no era previsible que esto se hubiera repetido en otras partes del planeta? Sin embargo, en su ascensión no habían visto trozos similares) regresaban para volver a acoplarse a la extensiones de terreno originales, tapando los agujeros. Aun así, ¿podría ser reversible? Soñaba con el Pacífico trasladado a los bosques y la Sierra del Tigre en medio de las ciudades, y edificios y naves industriales ascendiendo, quizá con mayor comodidad de sus habitantes (en cualquier caso, con muchísimo menos frío). La pesadilla, no por pequeñoburguesa (y lisérgica) menos vívida, resultaba en persecuciones de los trozos de tierra a los huecos que, a la inversa, huían hacia el centro de la tierra y, a su vez, este huía de un trozo o de un hueco, y así hasta que no quedase material que perseguir o del que escapar. Cuando la persecución se pausaba, el Agus del sueño tenía tiempo para pensar sobre lo que había pasado ¿Y si el trozo de tierra los estaba salvando de algo peor? ¿Sería una prueba pensada solo para uno de ellos y el resto eran «daños colaterales»? Al despertar, esos planteamientos agravaron su ansiedad. Todavía era noche cerrada, y Agus se dijo que había que ser realista: si no descendían, morirían de sed. Había que hacer inventario de las botellas que muchos llevaban en sus bolsos o mochilas, y preparar recipientes por si llovía. Igualmente, había que prohibir a los niños que protegieran a los pájaros (¿sería malo beber la sangre de las aves? ¡Ojalá Agus hubiera estudiado biología o la profesión que resolviese esa pregunta!) y comprobar qué había de comestible en el árbol. Si no había suficiente agua, era preferible ascender más para morir apagándose, congelados, asfixiados, pero quizá, por mareados y desmayados, no sufrirían tanto…

Dormidos, la tierra, de nuevo, tembló, aunque más violentamente que la primera vez. Es más, empezó a inclinarse en diagonal, tanto, pero tanto, tanto, que se puso completamente en vertical. Quienes quedaron aferrados contemplaban a los que caían, y todos gritaban como con una sola voz. La extensión se quedó así vertical, pulidamente, durante casi un minuto. Agus vio que muchos, como él, abrazaban lápidas. Algunas de estas, en su

desprendimiento paulatino por el peso, abrían surcos en el suelo, pero en el arrastre aún sostenían a los aferrados. Otros se arremolinaban abrazados al único árbol de la extensión y parecían lejísimos: el árbol había quedado en la, ahora, parte más baja. El cura bordeaba el agujero del centro, como sostenido por algo (debían de ser raíces), pero parecía que batallase no solo por no caer, sino también contra lo que le estaba sosteniendo. El asesino estaba en una parte de la extensión que, por el giro, era la más elevada, y, mientras pegaba su cuerpo al suelo, se agarraba firmemente al borde.

La extensión, por fin, volvió a temblar y comenzó a girar, hasta que, en un instante, se puso completamente al revés. Después, recuperó su posición inicial. Pero, desgraciadamente, el breve tiempo que estuvo volteada desprendió el árbol, con algunos asistentes envueltos en sus raíces, otros abrazados al tronco y, en el caso de los niños, entre las ramas de la copa que se abría paso hacia el fondo de la oscuridad. También volaban, alrededor de un cuerpo enjuto que caía gimiendo, algunos papeles, los suficientes para que entre el horror se colara la curiosidad –una sensación siempre molestísima en esas situaciones, pues impide pensar en bloques y encierra en el detalle, como Jocelyn «Josie» Packard, ese personaje de *Twin Peaks* que, hechizada, termina atrapada en el pomo de una puerta¬– de preguntarse quién podía ser su dueño (eran del abuelo, que había terminado de enmendar su testamento mientras con la otra mano se agarraba al tronco del árbol, y caerse).

¿Qué pasó entonces, queridos huéspedes? Que la extensión, lentamente, empezó a descender. Al amanecer, Agus se soltó de su lápida. Estaba dispuesto a que la vida se redujera a anticiparse a los movimientos de esa extensión de tierra, a la que intuía ya como un ser vivo. Quería que volviera a anochecer para contrastar lo sucedido con un nuevo comportamiento de la tierra y, con ese ánimo, se acercó a Guada, que consolaba a los padres de la muerta (¡vivían!). La madre parecía un habitante de sótanos cuyo cuerpo entero, expuesto a la luz, hubiera menguado, salvo los ojos. En estos se concentraba la estupefacción de comprobar que la muerte es invisible, pero no intangible.

El cura, cubierto de heridas, como de mordisquitos, y con la ropa del torso hecha jirones, y el asesino, caminaban por los bordes de la extensión. El descenso provocaba un estado donde las frases salían de golpe. Ansiosos, confundidos, tenían hambre y más y más sed:

–¿Usted cree que llegaremos abajo, y que ya no volveremos a subir? –preguntó el asesino.

–Creo que lo más difícil ya ha pasado. Sí, creo que esta noche estaremos abajo.

–Haya lo que haya ahí abajo… Mírese el torso. ¿Qué le ha pasado? Han pasado muchas cosas.

–Sí. Quién sabe si esto no sea una prueba. Hemos sufrido mucho. Tantas muertes.

–¿Ha pensado que abajo puede que no nos crean?

–Hijo mío, eso no es importante. Creo que tú debes preguntarte qué ha sido esto para ti.

–Usted ya sabe qué ha sido.

–Sé a que te refieres. Pero eso no es una respuesta, se lamentó el cura. Esto ha sido excepcional, añadió.

–Pero, ¿cómo explicarlo allá abajo? ¿Nos creerán? ¿Y a mí? Todo juicio debe ser justo.

–Abajo puede que estén peor que nosotros. Puede que al descender nos topemos con algo mucho peor, pues no sabemos nada más. Pero no pienses con frivolidad sobre tu caso.

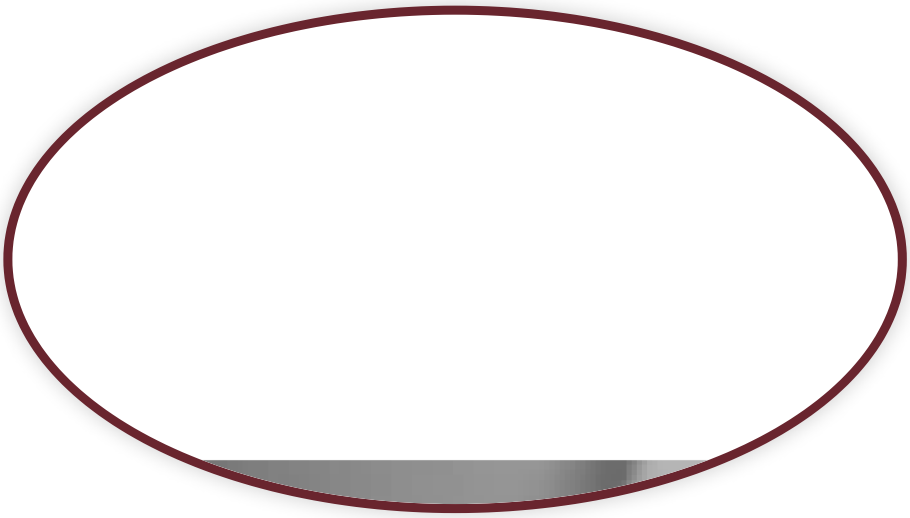
El asesino miró a su alrededor. Agus y Guada estaban alejados, separados, cada uno intentando mear o cazar insectos. El asesino observó las piernas del cura, endebles, temblorosas por el esfuerzo, y se le hizo muy fácil empujarlo. El cura, al caer, movía los brazos como un pulpo o como si tuviera muñecas extensibles, y se sorprendió gritando todo lo que no había gritado en vida. La apatía era tal que quien vio ese otro asesinato, calló. La extensión continuó descendiendo, pero al anochecer se detuvo y comenzó a elevarse. Fue lentamente, y dio tiempo a que cada uno se aferrase a su lápida. Sin embargo, la tierra se puso boca abajo abruptamente y la madre de la muerta se desprendió y cayó en silencio, como había caído su misma madre. Cuando la extensión continuaba el giro hacia su posición inicial, el padre de la muerta también cayó, o más bien se aventó. Luego le siguió su lápida, como si acudiera tarde a un paisaje por hacer, y nadie vio que detrás cayeron unos bichejos, que de lejos parecían gatos, pero que tenían el rostro numular y cinco dedos, como nosotros. Se oían otros gritos, pero muy cortos, de todas las partes de la tierra desgajada. La extensión, finalmente, recuperó su posición natural, pero esta vez para volver a descender.

Agus había caído de bruces contra una lápida y le costaba permanecer despierto. Miró sómo Guada contemplaba el cielo. Ella quería dormirse o morir con los ojos abiertos y era posible. El asesino apoyaba su espalda en una lápida cerca del agujero del centro, murmuraba para sí y tampoco esperaba vivir más.

Agus despertó al mediodía, la cara quemada por tanto calor. Cansado y herido, notaba como si arbustos se abriesen paso por su boca, nariz, ojos. Mareado, vio a Guada platicar con el asesino. Ambos estaban casi desnudos. No había nadie más. Agus intentó levantarse, pero no pudo. Quiso llamarlos, pero notaba que le crecían ramas de la boca, de los ojos. Sentía la frondosidad del pedazo de extensión donde se había recostado, del aire que respiraba. Era como si viviera dentro de un cuenco donde las paredes estuviesen forradas de cuerpos que emanasen calidez de sus heridas y le costaba entender las cosas en términos de adentro/afuera. Se levantó y caminó, tambaleándose. Su realidad se le iba reduciendo: veía la extensión, luego solamente hasta Guada y el asesino, después todo era la lápida donde se apoyaba y, finalmente se miraba sus propios pies. Cayó al suelo de bruces y cerró los ojos. Al notar que cuatro manos lo estaban arrastrando, intentó abrirlos y no pudo. No sabía si estaba vivo o muerto, pero al caer abrió los ojos, justo para ver cómo la extensión se empequeñecía a toda velocidad. Se obligó, mientras caía, a mantener los ojos abiertos. Visto así, el trozo de tierra perdía su misterio, pero también su naturalidad.

Guada tomó al asesino del brazo. Sí entendía que la situación, con ellos dos solos, se había reducido, por el olvido, a la alianza y la promesa de una nueva justicia. Se abrazaron. Durmieron y no durmieron durante la noche y hasta el mediodía siguiente. La extensión se detuvo y luego pasó a descender, más rápido, pero suave e ininterrumpidamente, y se fueron el calor, y tampoco hizo más frío.

Al día siguiente, la extensión se encajó en el suelo del que se había desgajado. El asesino se despertó y miró hacia el centro de la extensión, donde debía estar el agujero. Vio una montículo irregular, de donde sobresalían los restos del ataúd, pero no el cadáver de la muerta. Se levantó y caminó. Guada continuaba dormida. El cementerio se había vuelto irregular. Árboles al revés, nichos apilados y trozos de tierra erigidos, algunos kilométricos, que formaban escalones y grutas de una solidez inaudita, como una ciudad de comejeneras. Buscó cadáveres (buscaba el de su asesinada), pero no encontró ninguno. Todo estaba limpio de cuerpos. Pensó que podían haber quedado enterrados por todos los corrimientos de tierra y desgajamientos, y regresó con Guada. ¿Había algunos ruidos, eran como de animales? Corrió hacia ella. Guada, ya sin modorra, contemplaba el cementerio con aprensión, como si su piel le estuviera diciendo que esos ya no eran sus lugares. El asesino notó qué sombras se escabullían y cuáles los acechaban, y pensó en su novia. Veía su rostro de muerta, pero eran imaginaciones. Desde los trozos de tierra erguidos, desde sus grutas, se asomaban caritas, y esas sí de verdad. El asesino le preguntó a Guada si eran niños, pero no podía ser: eran caras, solo caras, no había cuerpos, de algunas de las caras –las que lideraban– brotaban unas manitas chiquitas, con cinco dedos, casi garras, el rostro se les hinchaba muy picudo hacia lo que debería ser la nariz para luego retraerse numularmente hasta componerse de agujeros ordenados. A Guada las caritas la estaban arrastrando, rápidamente, bajo tierra. El asesino escuchaba ruidos pulidos, como cuando las piedras se chocan para hacer fuego. Parecían venir, sí, de las grutas. Caminó hacia una de ellas, gritando para darse ánimos, y entró y allá se quedó, no hubo resistencia, y lo de adentro de las grutas hizo algo con el asesino, pero eso, mis huéspedes, ya no podía llamarse justicia.

India Púshkar

Xavier Corrales